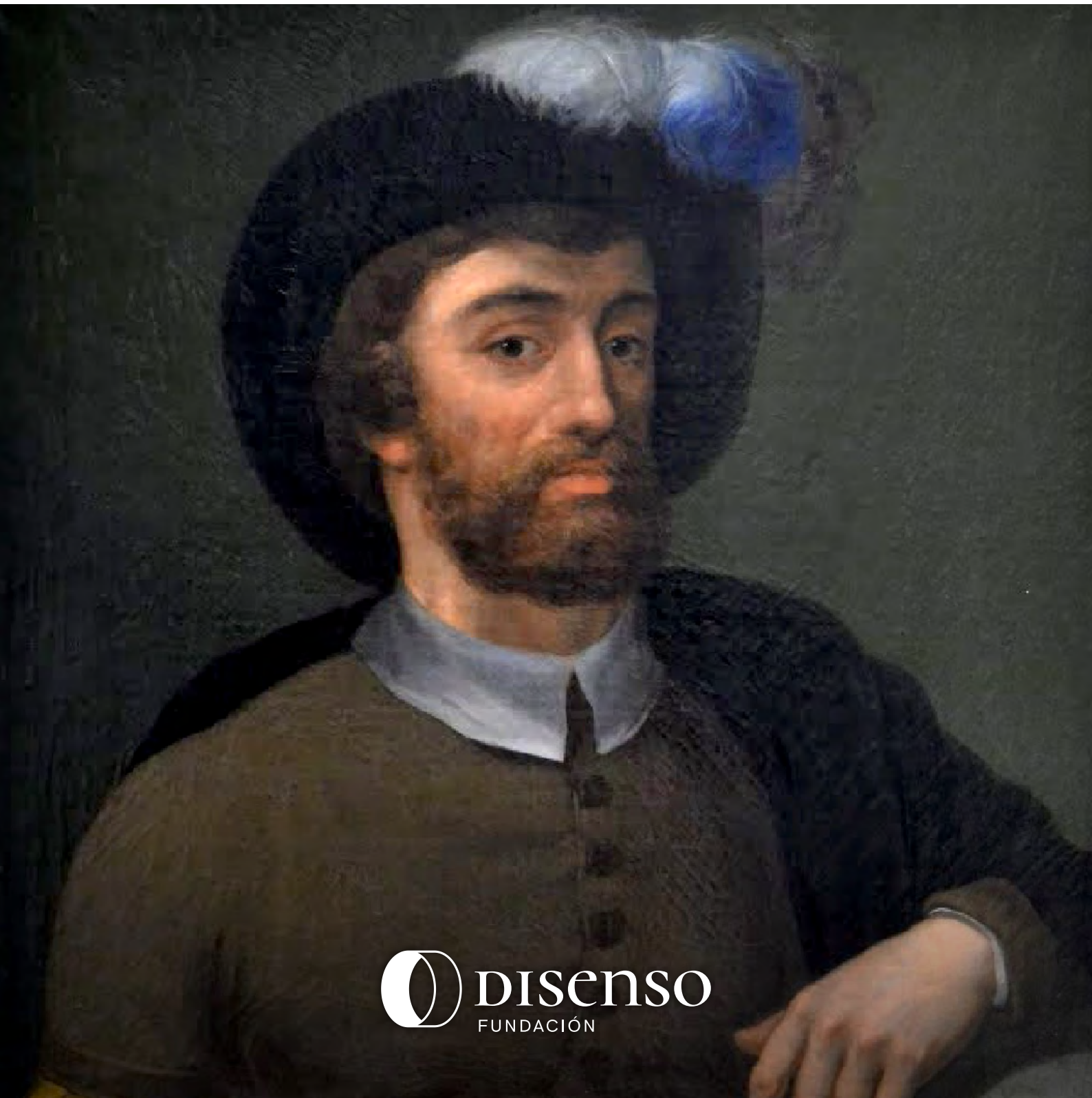


POR TOMÁS MAZÓN SERRANO

500 AÑOS DE LA MUERTE DE ELCANO



Juan Sebastián de Elcano fue el capitán que convirtió la expedición de Magallanes a las islas de la Especiería en el viaje más épico de la historia: la primera circunnavegación del mundo en 1522 o, como escribió él mismo, el primero en descubrir «toda su redondeza»¹.

Nunca unos marinos lograron tanto con tan pocos medios. Sin embargo, fiel a la audacia que había hecho posible aquella hazaña, apenas concluida la primera vuelta al mundo, Elcano se ofreció de nuevo a Carlos V para regresar a aquel remoto archipiélago. Y fue precisamente durante ese nuevo viaje, en plena travesía del océano Pacífico, donde encontró la muerte en 1526. Quinientos años después, merece la pena volver la mirada hacia aquel momento.

Estando enfermo de mi persona y sano de mi entendimiento y juicio natural, tal cual Dios nuestro Señor me quiso dar, y sabiendo que la vida del hombre es mortal, la muerte muy cierta y la hora muy incierta [...] ordeno y hago mi testamento y postrimera voluntad en la forma siguiente².

Así comenzaba Elcano a dictar testamento el 26 de julio de 1526, en mitad del océano Pacífico, a bordo de la nao Santa María de la Victoria —bautizada con el mismo nombre que su precursora, con la que se había logrado la primera circunnavegación—. Dando una muestra indudable de su arrojo, quiso embarcarse de nuevo en una empresa semejante a la que lo había llevado a completar la primera vuelta al mundo, aunque esta vez la enfermedad iba a frustrar sus intenciones. El guipuzcoano de Guetaria contaba por entonces con treinta y nueve años, «poco más o menos», según decía cuando le preguntaban por su edad³.

Contaba el capitán con la compañía a bordo de su hermano Martín Pérez de Elcano, que esta vez había querido unirse a la aventura. Además, Ochoa Martínez de Elcano y Antón Martín de Elcano, también hermanos suyos, navegaban en otros buques de la expedición. Sin embargo, habían perdido el contacto con ellos durante una tormenta «grande a maravilla» sufrida semanas atrás, poco después de internarse en aquel océano que durante el primer viaje habían llamado Pacífico, pero que esta vez pronto había mostrado una cara muy distinta.

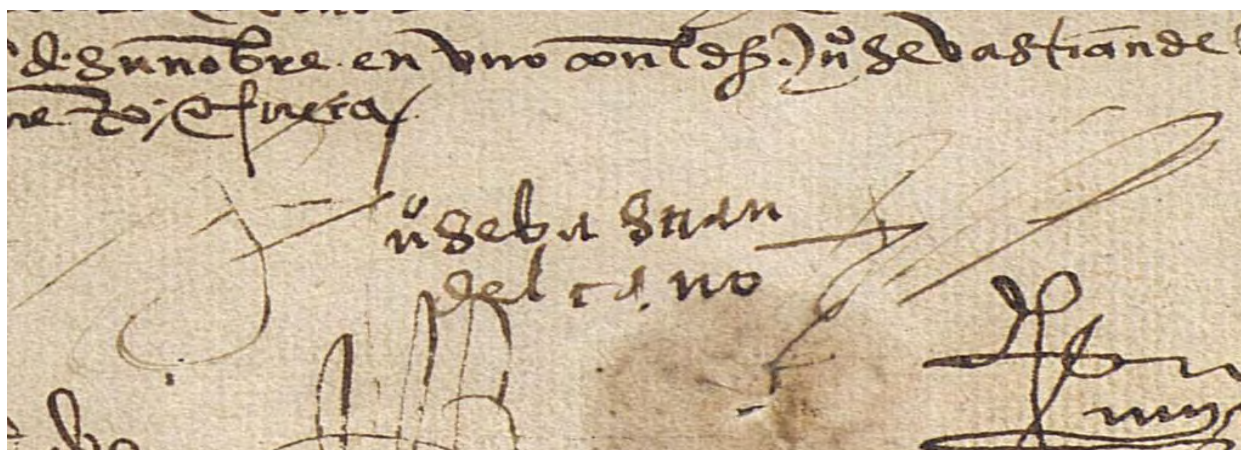
También acompañaba a Elcano quien por entonces era un muchacho de solo diecisiete años llamado Andrés de Urdaneta. Lo encontraremos enrolado como «criado» del capitán⁴, pero, en realidad, se trataba de su mejor aprendiz. De los alrededor de 450 tripulantes integrantes de la expedición, él sería uno de los solo nueve que lograrían regresar a España, en su caso once años más tarde. Acabaría convirtiéndose en uno de sus grandes protagonistas gracias a una combinación de inteligencia, valentía y astucia que, sin duda, Elcano supo apreciar antes que nadie. Aquellas cualidades terminarían llevándolo a convertirse en uno de los mayores marinos y cosmógrafos de la historia al descubrir, en 1565, el tornaviaje entre Asia y América.

1 Carta de Elcano a Carlos V dándole noticia de su llegada a Sanlúcar de Barrameda. Archivo General de Indias (AGI), Patronato, 48, R.20.

2 Testamento original de Elcano en AGI, Patronato, 38, R.1.

3 La dio justo antes de partir con Magallanes, cuando le fue tomado testimonio en Sevilla acerca de las dificultades encontradas para reclutar tripulantes, en AGI, Patronato, 34, R.6, folio 10r. Dijo tener «32 años, poco más o menos», a 10 de agosto de 1519.

4 Urdaneta entre los enrolados en la expedición de Loaysa en AGI, Contaduría, 427, fol. 104v.



Firma autógrafa de Elcano en su testamento, firmado en mitad del Pacífico. Se conserva en el Archivo General de Indias, Patronato, 38, R.1.

La letra trémula de Elcano al firmar su testamento nos permite intuir la gravedad de su enfermedad, aunque no era el único que la sufría en aquel momento y, entre los enfermos, destacaba quien Carlos V había designado como capitán general de la expedición: frey García Jofré de Loaysa.

¿Quién era Loaysa y por qué no fue Elcano quien lideró esta nueva expedición? En un gesto que demuestra un arrojo más allá de toda duda, el vasco incluso se había ofrecido voluntariamente a ocupar el puesto. Sin embargo, el emperador había designado a otro porque, a tan larga y dificultosa navegación, esta vez se añadía como objetivo fundar un gobierno permanente del archipiélago, para convertir a aquellas islas en la provincia más lejana de sus dominios. Se contaba además con la esperable oposición sobre el terreno del rey de Portugal, que venía reclamando para sí la posesión de las islas desde que supo del éxito de los de Magallanes.

Así que el elegido fue Loaysa, cuyo currículum lo convertía en un brillante candidato para liderar esta misión. Había consagrado su vida a la lucha contra el infiel como comendador de la prestigiosa Orden de San Juan. Además, compaginaba estas funciones con servicios directos a Carlos V, siendo referido como experto en la diplomacia y en la guerra «de la mar y de la tierra»⁵, y destacando tanto su misión como embajador ante el Gran Turco en 1519 como su participación en la conquista de Los Gelves a los berberiscos en 1521⁶.

Ambos capitanes coincidían enfermos en lo que sería el final de sus vidas, y sus respectivos testamentos dan muestra de que entre ellos se había estrechado una relación cordial, al disponer mandas de forma recíproca en favor de uno y otro. De ellos parece desprenderse que Elcano aceptó con naturalidad la autoridad del comendador.

Así, un también enfermo Loaysa ordenaba que los víveres que llevaba a bordo pasaran a manos de un sobrino que lo acompañaba —Álvaro de Loaysa, quien también enfermaría y moriría durante la travesía del Pacífico— para que los repartiera «con el capitán Juan Sebastián»⁷. Añadía además que se devolvieran a Elcano «setenta e quatro arrobas de vino blanco que me dio».

El de Guetaria también dejaba algunos víveres para Loaysa, mandando «que den al capitán general un barril de quesos, que están diez quesos». No obstante, resulta mucho más revelador que, a continuación,

5 FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo. Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra Firme del Mar Océano, parte II, tomo I, libro XX, capítulo V. Valladolid, 1557.

6 He investigado a Loaysa, exponiendo los resultados en dos publicaciones: — «Loaysa: aportes sobre el capitán a la Especiería». Revista de Historia Naval, n.º 168, pp. 13-54. Madrid, 2025. — La vuelta al mundo maldita. La expedición de Loaysa. Ediciones EDAF. Madrid, 2024.

7 De la copia del testamento de Loaysa o, según él mismo puntualizaba, de su «desapropiación de bienes», puesto que, al morir, por ser comendador de la orden de San Juan, esta heredaba toda su hacienda. En AGI, Patronato, 39, R.1.

lo nombrara testamentario suyo, cabezalero y administrador de sus bienes, al igual que a su propia madre, Catalina del Puerto:

Para cumplir, e mandar pagar e efectuar todas las mandas susodichas, dejo por mis testamentarios, e cabezaleros e administradores y ejecutores de las personas de mi hijo e hija, e de mis bienes, al muy magnífico señor comendador Loáisía, capitan general de esta armada de S. M., y a la dicha mi señora doña Catalina del Puerto.

Esa confianza parece confirmarse en las últimas palabras que Elcano dirigía al comendador, a quien encomendaba asuntos muy personales: cuidar de sus intereses, tanto a bordo como en la corte, y velar por sus hermanos compañeros de expedición.

Suplico al dicho muy magnífico señor comendador que tenga el cargo de las cosas de acá e de la corte de S. M., e mire en mis cosas así acá como en la corte, como quien es, e como yo espero en su merced, e tenga por encomendado a Martín Pérez e mis hermanos.

No hubo ocasión de ponerlo en práctica porque Loaysa falleció antes que Elcano, el 30 de julio⁸, «dejando mucha tristeza y dolor a todos»⁹. Fue entonces cuando se abrió el pliego sellado que contenía una instrucción secreta de Carlos V que debía mantenerse cerrada mientras no se produjera la muerte del capitán general. En ella se ordenaba que el puesto fuera ocupado por los capitanes de otras naos, aunque, al haberse dispersado, no podían asumir el cargo salvo en el caso del propio Elcano.

Fue así como el marino vasco pasó a ocupar el cargo de capitán general de la expedición, aunque su enfermedad siguió agravándose y no sobrevivió más que cuatro o cinco días —lo que nos llevaría al 3 o 4 de agosto de 1526—, sin que podamos afinar con mayor precisión la fecha exacta¹⁰.

La proximidad entre las muertes de ambos líderes hace pensar que pudieron obedecer a una causa común, aunque las fuentes del viaje no aportan ningún dato que permita despejar esta incógnita de forma explícita. Además, a tenor de los testamentos y autos de herederos que han llegado a nuestros días, resulta que la mayor parte de los oficiales a bordo falleció durante la primera mitad de la travesía del Pacífico¹¹. Si a ello sumamos que fueron alrededor de 120 los tripulantes que completaron la navegación hasta Asia¹², la pregunta cobra aún más fuerza: ¿por qué murieron precisamente los oficiales?

Habría que intentar encontrar alguna explicación y, para ello, vamos a fijarnos en el testimonio que prestó uno de los que iban a bordo. Se trataba de Juan de Mazuecos, un marinero de Lepe que, como era costumbre, fue interrogado ante escribano tras su regreso a España. Al ser preguntado en relación con esto, afirmó que el capitán había muerto «por enfermedad, y murieron también todos los hombres

8 La fecha del fallecimiento de Loaysa a 30 de julio quedó así establecida en el auto de herederos promovido por su hermano Hernando de Loaysa, en AGI, Patronato, 39, R.1.

9 FDEZ. DE OVIEDO (1557).

10 Sobre la fecha del fallecimiento de Elcano, a la discrepancia entre los cuatro o cinco días que pasaron tras la muerte de Loaysa (según la crónica de Fernández de Oviedo y el manuscrito anónimo de la Biblioteca Nacional RES/18, respectivamente), se añade que Andrés de Urdaneta mencionó fechas distintas en sus dos relaciones sobre el viaje, dando el día 3 de agosto en la que se conserva en el AGI (AGI, Patronato, 37, R.36) y el 6 de agosto en la que alberga la Real Biblioteca de El Escorial (IBIS RB II/1465). A ello hay que añadir que Elcano consta como vivo todavía a 3 de agosto en el inventario de bienes del contador Íñigo Ortés de Perea (AGI, Patronato, 38, R.13).

11 También quedaron documentadas con pocas semanas entre sí las muertes del piloto mayor Rodrigo Bermejo, del tesorero general Alonso de Solís, del contador general Alonso de Tejada, de Bartolomé Domínguez, del contador de la nao Victoria, Íñigo Ortés de Perea, de Álvaro de Loaysa, sobrino del capitán general, y del tesorero de la nao Victoria, Luis de Luzón.

12 Fueron 120 según el derrotero que terminó escribiendo Hernando de la Torre, en AGI, Patronato, 37, R.24.

principales que comían con él, casi en tiempo de cuarenta días»¹³. Con ello levantó sospechas porque, a continuación, se le preguntó expresamente «si hubo indicio o plática de que les hubiesen dado alguna cosa de ponzoña». Como vemos, la duda de si Elcano y Loaysa murieron envenenados ya la tuvieron sus contemporáneos, aunque Juan de Mazuecos respondió de forma más parca de lo que nos habría gustado, zanjando esta posibilidad: «no se dijo tal cosa».

Pero hay algo más. Si continuamos buscando en las fuentes documentales sobre la expedición, aparece un nexo común que relaciona a los oficiales principales con una enfermedad contraída a la vez, y es que meses atrás muchos de ellos habían resultado intoxicados tras comer juntos durante los días en que se habían detenido en la isla de Annobón, en el golfo de Guinea. Así lo explicaba Urdaneta:

Comieron el capitán general, y otros capitanes y personas, de un pescado grande y hermoso, y los más de los que comieron estuvieron muy malos de cámaras, que pensamos que no escaparán¹⁴.

El cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo se entrevistó después con Urdaneta, Martín de Islares y Juan de Areizaga, tres de los supervivientes del viaje, y dejó un testimonio sobre esta cuestión que nos amplía algunos detalles:

Un día se tomó un pescado que parecía corvina, tan grande como un salmón de veynte libras, y todos los que comieron a la mesa del capitán general enfermaron por le comer, de tal manera que no pensaron escapar, y creyóse que murieran, si no fueran socorridos con triaca y otros remedios, y no obstante esso estovieron muchos días enfermos¹⁵.

Acerca de ese pescado, añadió que «tenía los dientes como un gran perro». El dato cobra interés porque resulta compatible que se tratara de una barracuda, la cual alcanza a producir una intoxicación conocida como ciguatera, bastante grave y con la peculiaridad de que sus síntomas pueden reactivarse hasta meses después de haber remitido. Sería por ello una posible causa de la enfermedad que aquejó a los hombres principales durante la primera mitad de la travesía del Pacífico, en junio y julio de 1526, aunque fuera inicialmente contraída durante la escala en la isla de Annobón, en el Atlántico, entre el 20 de octubre y el 3 de noviembre de 1525.

Nada más sabemos de la muerte de Elcano, excepto que, según nos contaba el cronista Oviedo, y al igual que había ocurrido con Loaysa, cada uno de los compañeros de viaje rezó un padrenuestro y un avemaría por su alma, antes de terminar arrojando su cuerpo al mar. De este modo, el gran océano se convirtió en la sepultura más apropiada posible para tan excepcional marino, la de quien había demostrado por primera vez que el mundo podía rodearse navegando. Cinco siglos después, seguimos intentando comprenderlo.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUINAGALDE OLAIZOLA, Borja: «El archivo personal de Juan Sebastián de Elcano (1487-1526) marino de Guetaria». Actas del II Congreso internacional sobre la I vuelta al mundo, pp. 65-93. Sanlúcar de Barrameda. Sevilla, 2017.
- ALVAR EZQUERRA, Alfredo: Elcano y Cervantes descubiertos por Ceán y los ilustrados: primera edición crítica de los manuscritos de Juan Agustín Ceán Bermúdez: Primeras expediciones que los españoles hicieron al Pacífico. Ministerio de Defensa y Editorial Universidad Francisco de Vitoria. Madrid, 2022.
- ARTECHE ARAMBURU, José de: Elcano. Espasa Calpe. Madrid, 1942.
- AZPIAZU ELORZA, José Antonio, y ELORZA MAIZTEGI, Javier: Juan Sebastián de Elcano, entorno,

13 Declaración de Juan de Mazuecos en AGI, Patronato, 37, R.30.

14 Relación de Urdaneta en AGI, Patronato, 37, R.36.

15 FDEZ. DE OVIEDO (1557).

- trayectoria, épica. Real Sociedad Bascongada de Amigos del País. San Sebastián, 2021.
- BERNAL CHACÓN, Cristóbal: Crónicas de la primera vuelta al mundo. Autoeditado. Sevilla, 2016.
 - FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín: Colección de los viages y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV. Vol. V. Imprenta Real. Madrid, 1837.
 - FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo: Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra Firme del Mar Océano. Valladolid, 1557.
 - FERNÁNDEZ TORRES, Antonio, y cols.: Pacífico, España y la aventura del Mar del Sur. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Madrid, 2013.
 - HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de: Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano. Décadas II y III y IV. Imprenta Real. Madrid, 1601.
 - LANDÍN CARRASCO, Amancio y cols.: Descubrimientos Españoles en el Mar del Sur, vols. 1 a 3. Editorial Naval. Madrid, 1992.
 - MAZÓN SERRANO, Tomás: Elcano, viaje a la historia. Edición V Centenario. Ediciones Encuentro. Madrid, 2022.
 - — Espinosa, el último capitán de la vuelta al mundo. Ediciones Encuentro. Madrid, 2022.
 - — La vuelta al mundo maldita. La expedición de Loaysa. Ediciones EDAF. Madrid, 2024.
 - — «Loaysa: aportes sobre el capitán a la Especiería». Revista de Historia Naval, n.º 168, pp. 13-54. Madrid, 2025.
 - ORTEGA CHAVARRIA, María José y cols.: «Intoxicación por ciguatera: neuropatía de causa infecciosa». Acta médica Grupo Ángeles, v. 17, n.º 3, sept., pp. 268-271. México, 2019.
 - ROMERO TALLAFIGO, Manuel: El testamento de Juan Sebastián Elcano (1526): palabras para un autorretrato. Editorial Universidad de Sevilla. Sevilla, 2020.
 - TRUCHUELO GARCÍA, Susana (ed.): Andrés de Urdaneta, un hombre moderno. Ayuntamiento de Ordicia. Ordicia, 2009.
 - UNCILLA ARROITAJÁUREGUI, Fermín: Urdaneta y la conquista de Filipinas: estudio histórico. Imprenta de la Provincia. San Sebastián, 1907.